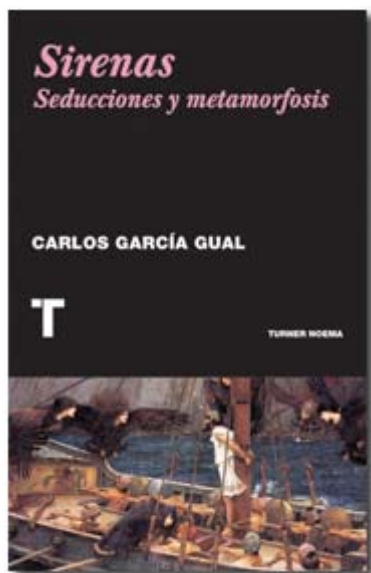


RESEÑA | REVIEW

BENAMÍ BARROS GARCÍA

U. de Granada | Centro de Investigación de Humanidades Europeas, U. de Oxford
bbarros(at)ugr(dot)es



CARLOS GARCÍA GUAL

Sirenas. Seducciones y metamorfosis

Madrid: Turner Noema, 2014

208 pp. + 16 ilustraciones

ISBN: 9788415832294

“Reivindicación de las sirenas” no es solo el título del noveno capítulo de esta excelsa obra del catedrático Carlos García Gual, perfectamente ilustrada y editada por Turner Noema. Efectivamente, nos encontramos ante una oportuna reivindicación de las sirenas, disfrazada de viaje a través del tiempo y del espacio, donde el lector queda atrapado y suspendido tanto por el canto meloso y perturbador de las sirenas como por la magnífica claridad y atino de la palabra bien calibrada, la erudición y la ilusión que se deducen del acertado paisaje en que el autor acierta a ensamblar una magnífica compilación de textos, estudios críticos, ensayo y, en suma, una visión clara del origen, evolución, cambios y destinos de las sirenas a lo largo de la historia. El lector, pues, debe estar preparado para un breve pero intenso recorrido a través de textos de enorme reconocimiento, y de otros más desconocidos, pero no menos aguzados, si usamos una expresión del propio autor (p. 186) al referirse al “A Circe” del mexicano Julio Torri.

El comienzo del libro viene precedido por unas páginas en negro que parecieran servir de telón al espléndido espectáculo que el lector está a punto de disfrutar o, quizá, de incitación a que cierre los ojos para poder ver con más claridad lo que tiene entre sus manos y, por suerte, en su imaginación mental. Mas, de repente, García Gual decide comenzar el viaje con una “añeja canción de Lluís Llach” (p. 9). El lector intuye lo que el autor sintetiza allá por el final de la obra:

“el éxito de un motivo mitológico no se mide por el final feliz, sino por su permanencia en el ideario colectivo” (p. 201). Lejos de conformarse con el evidente éxito del motivo mitológico de las sirenas, García Gual se esfuerza por trazar con líneas certeras los avatares de las sirenas y de los que ante ellas sucumbieron, amaron, odiaron, temieron o se glorificaron. Dejar que las sirenas hablen o callen; saber escuchar su canto, incluso su silencio; y, así, comprender la evolución del ser humano, de sus necesidades, inquietudes y fantasías a lo largo del tiempo, ese *gran escultor*, que moldea, adapta y desvía el mito.

Con una prosa melodiosa y un relato digno de las mejores lirias, el autor se propone visitar las representaciones de las sirenas en el “imaginario occidental” e “intentar una explicación de su perdurable prestigio y sus seductoras metamorfosis” (p. 11). Para ello parte del relato homérico como base para desgranar las claves del mito original, así como de las sucesivas transformaciones que acontecen con el tiempo. Estamos ante una fuente de conocimiento de nuestra historia, de nuestro imaginario y de la forma en que este varía para ser útil y consecuente con cierto *escenario* (p. 130). Perfectamente ensamblado, el discurrir del texto es ameno, gratificante: el lector avanza en la lectura como si fuese tirando de un hilo que progresivamente le descubre el mosaico real en que se ha convertido el mito. El autor juega tensando o soltando el hilo, según convenga, tal vez para subrayar la importancia de la referencia, del precedente, ante la posibilidad de que la interpretación se vea seducida únicamente por unas sirenas apenas ya sin voz, sin garras y sin alas. El lector agradece el juego, el cantar de ida y vuelta, al igual que agradecería un índice más extenso o un, probablemente, inoportuno índice onomástico, sin duda extraño para un libro de estas dimensiones. Pero sucede que, a pesar de los esfuerzos de García Gual por dejar claro que no estamos ante un libro de referencia, de su empeño por alejarse con frecuencia del texto académico, la riqueza y variedad de los textos recopilados, sus breves pero profundas y sugestivas reflexiones personales acerca de ciertos fenómenos altamente significativos como la metamorfosis en que las sirenas “trocaban sus alas y patas de gallina por colas de pez” (p. 91), incitan al lector a considerar el libro como obra de referencia académica, incluso a pesar de la nota bibliográfica (pp. 203-204) intencionadamente alejada de la cultura de la cita y el impacto imperante en la actualidad.

Ávido el lector por conocer el sentido y forma de las sirenas en los numerosos textos que guían y apoyan el relato de García Gual, por imbricar las transformaciones del mito original en una suerte de rompecabezas que no es sino lo acontecido desde entonces, se acerca a aquel “griego típico” que ansiaba el nuevo conocimiento, a un Ulises homérico al que las sirenas tratan de seducir con un canto meloso que le promete adquirir nuevos

conocimientos (pp. 37-40): “placer y saber van unidos en la audición que ofertan las sirenas” (p. 32). Pero habrá de encontrar el lector a su Circe particular, consejera y artífice de la gesta del Ulises rodeado de remeros (algunos sordos) y atado con fuerza al mástil, para no sucumbir a los encantos de las sirenas que García Gual nos muestra, a pesar de que en diversos momentos el autor parezca lamentar, con la mirada nostálgica del investigador que dice lo que ama, el hecho de que “al final, todo lo mítico se evapora, se trivializa y desmitifica” (p. 16). Contrasta, no obstante, esta lágrima o reclamo de justicia para con el mito con el reconocimiento de que “todo relato mítico se va enriqueciendo en nuevas variantes a lo largo de la tradición” (p. 32), auténtico eje vector del libro y que permite extender el poder del mito a fuente de sabiduría sobre la evolución del pensamiento y del contexto sociocultural.

Desde unas sirenas de las que “solo oímos su canto” (p. 36) avanzamos por la primera parte del libro por las veredas del mundo antiguo, del relato homérico al de los argonautas, donde se confirma que el tejido espacio-temporal del mito es confuso, repleto de vaivenes, pasando por las *Argonáuticas órficas*, donde atendemos a un verdadero enfrentamiento musical, y por una batalla donde las sirenas son derrotadas por las musas. La racionalización del mito y la “exégesis alegórica” (p. 53) sirven de advertencia de la progresiva, aunque a veces tropicada, transformación que despojará a las sirenas de sus garras de arpías, de sus alas e incluso de su canto, quedando su imagen visual como poder irresistible. Caerá en las últimas líneas de esta primera parte “el argonauta del salto peligroso” (p. 57-59), Butes, rescatado por una Afrodita supuestamente piadosa y seducida por el “argonauta nadador” (p. 59). Así abandonamos el mundo antiguo para sumergirnos en el primero de los cuatro intermedios, dedicado a tres poemas renacentistas (que, en realidad, son cuatro: de Pierre de Ronsard, fray Luis de León, Juan de Arquijo y Calderón de la Barca) sobre las sirenas y Ulises. A continuación, el segundo intermedio sobre algunos “reflejos” sueltos de la *Odisea* y las *Argonáuticas órficas* “poco conocidos, pero atractivos” (p. 69). El autor aborda aquí las variantes de Apolonio de Rodas, Charles Kingsley y William Morris. Sumamente atractivo resultará el texto de este último sobre la vida y muerte de Jasón (1867), donde el enfrentamiento musical entre las sirenas y Orfeo se transforma en un auténtico duelo dialógico.

Da comienzo la segunda parte del libro, “Más allá del mundo antiguo”, con un capítulo compuesto de “tres comentarios renacentistas” (Boccaccio, Natale Conti y Pérez de Moya) y una sugestiva reflexión o explicación cercenada por la ausencia de textos antiguos que corroboren lo defendido (p. 95) sobre la aparición en el imaginario colectivo de las colas de pez de las

sirenas (pp. 91-95). Tras esta explicación, y no es casual, se inicia el capítulo cuarto, dedicado a la conceptualización de las sirenas como “peligrosas ramerías” que ninguna divinidad pudo salvar de “ser sometidas a la interpretación alegórica, que, regateando la veracidad de los relatos míticos y sus figuras fabulosas, hacía de los mitos considerados meras ficciones fantásticas” (p. 97). Estas, ahora, criaturas capaces de despojar de todo a los viajeros conllevan un verdadero peligro “para la salud del alma” (p. 98). Y con esto llegan las clásicas dicotomías de la luz y la sombra, de la belleza y la perdición, propias del cristianismo. Supone en este punto el texto de García Gual un complemento extraordinario a la necesaria obra de Hugo Rahner sobre la interpretación cristiana de los mitos griegos, publicada en español (Herder, 2003) sesenta años después de su aparición en lengua original. En forma de nota a pie de página (n. 56, p. 104) García Gual hace una genial referencia a Asclepiades (s. IV a. de C.) como fuente helenística para la identificación de las sirenas con prostitutas mucho antes de que se convirtiera, con el cristianismo, “en un auténtico topos literario” (*loc. cit.*). De la interpretación cristiana nos quedarán unas sirenas pérfidas por el placer y el saber que prometen, y un Ulises como “ejemplo de virtud” (p. 99). Reacciona el autor contra esta forma de concebir el mito y las figuras de las sirenas, por lo que adopta una prosa más emocional y convincente en su erudición, tan bien encajada que al lector le parece fruto del sentido común.

Con la majestuosa y reveladora sirena solitaria y romántica de Waterhouse a la izquierda, se emprende un bello y bien pausado caminar a través de los emblemas y metáforas (capítulo V, pp. 109-122), a través de un paisaje de sirenas que parecen ser solo metáfora de la desviación del deber. Variaciones y transformaciones que se alejan del mito original oscilando entre la belleza peligrosa, la *mulier formosa superne* y la *femme fatale*, pero algunas de tanta hermosura, que merecen ser alabadas por su libertad o apropiación del mito, como ocurre con el magnífico soneto de Lope de Vega (n. 71, p. 119): “Ir y quedarme, y con quedar partirse, / partir sin alma, y ir con alma ajena, / oír la dulce voz de una sirena, / y no poder del árbol desasirse...”. También leemos a Góngora, Quevedo, Petrarca y muchos otros en los que se da una “fórmula abreviada del sentido simbólico esencial del relato mítico, reducido ya a imagen y con sentido moral. El emblema deviene metáfora visual” (p. 119). Y como elemento visual puede ser avistado por numerosos viajeros (capítulo VI, p. 123-141). Aumenta la confusión de las sirenas con otros seres del agua y del mar, desde las nereidas hasta las *mermaids* y ondinas. Y en esta disimulada prosopagnosia histórica para con las sirenas llegará la interpretación romántica, que contribuye a bifurcar su imagen y sentido (p. 132). García Gual recorre con excelente trazo las

versiones de diferentes pintores, literatos y algunos de los relatos y cuentos de fama mundial, reaccionando, a veces, con énfasis en la necesidad de la conservación del patrimonio mítico a pesar de haber aceptado que uno de los objetivos de su obra es “solo subrayar cómo la imagen mítica reviste nuevos rasgos” (p. 129). Así, por ejemplo, ocurre cuando García Gual coincide con otros críticos al considerar poco conseguido el capítulo del *Ulises* de Joyce sobre las sirenas tabernarias.

Imágenes de los amores imposibles (capítulo VII, p. 141-156), las sirenas representan la poderosa y magnética belleza y miden la resistencia del héroe. Entre los textos analizados más sugerentes podemos destacar *El pescador y su alma* de Oscar Wilde (pp. 146-150), donde los papeles parecen invertirse y la sirena figura atrapada, dormida, en espera del beso del héroe. Inscrito en el ideario de que “los amores con una sirena suelen acabar mal” (p. 150), el relato de Wilde supone una revisión de las funciones de los actores del mito, en cuyo elenco no figura Circe desde hace mucho tiempo atrás.

Llegamos al capítulo VIII, “Un abordaje fracasado” (pp. 153-156), centrado en *La Odisea* de Derek Walcott, donde Ulises (Odiseo) combate en dos encuentros contra *mermaids* y sirenas, sucesivamente. El capítulo, especialmente breve en extensión y comentario, parece estar explícitamente aislado del resto de textos.

En el tercer intermedio (pp. 157-175) las sirenas fluyen por el imaginario de Alejandro Magno, Dante, Pascoli, Kafka, Brecht, Cernuda y T. S. Eliot. Singular, como siempre, el texto de Kafka (1917-1918) por reclamar la importancia del silencio de las sirenas, por su calidad, ambigüedad y por los factores no textuales como que fuera el editor quien puso el título o que partiera de un olvido típico en la literatura, pero no menos significativo (en el texto homérico, Ulises, por consejo de Circe, no se taponan los oídos), que se suma al resto de momentos que, como perfectamente señala García Gual con la cautela necesaria ante cualquier texto de este escritor, “por mero olvido o intencionadamente” (p. 170) Kafka omite del mito original.

El cuarto y último intermedio, “Otros textos sueltos” (pp. 177-186), se basa en textos de Agustí Bartra, Augusto Monterroso, Ignacio Sanz, Luis Martínez de Merlo, Luis Alberto de Cuenca, Walter de la Mare, José Emilio Pacheco y Julio Torri. Da entonces comienzo el noveno capítulo, “Reivindicación de las sirenas” (pp. 187-198), título que es ya exhortación en la mente de un lector que avanza por las interpretaciones de Maurice Blanchot (parcialmente traducido), Tzvetan Todorov, Citati, Adorno y Horkheimer. Contra estos dos últimos alza su voz García Gual para salir en defensa de Ulises (p. 191, también en pp. 195-198).

La “Coda final” (pp. 199-201) está dedicada al porqué del nombre de sirena para referirse al objeto de sonido estridente o, según la definición actual de la Real Academia Española, al “pito que se oye a mucha distancia y que se emplea en los buques, automóviles, fábricas, etc., para avisar”. “La homonimia alberga una cruel ironía” (p. 200), dirá García Gual. Tras el mito reducido a símbolo, a objeto que genera una estridencia alejada del otrora melodioso canto, y justamente antes de que caiga de nuevo el telón negro sobre los ojos del lector, la breve “Nota bibliográfica” (pp. 203-204) se presenta como un atisbo de esperanza, como un breve himno que deja constancia de la perdurabilidad de las sirenas en el imaginario colectivo y, por tanto, de las posibilidades e importancia de su estudio.

García Gual consigue que el mito homérico resuene a lo largo de las páginas con fuerza, que el lector atisbe el porqué de las transformaciones y, sobre todo, lo incita a buscar, a descubrir posibles conexiones y lazos a través del tiempo entre las diferentes caracterizaciones y reformulaciones de aquellas sirenas, “taimados monstruos” (p. 10) acostumbrados al “intersticio de los dos mundos” (p. 25), que han sabido sobrevivir y ser testigos del peso de tantos siglos. Dejemos a las sirenas que nos canten lo que somos y seamos capaces de escuchar su canto.